

blemente nuestra expedición contra Thionville sería un motivo grande de acusación contra Luis XVI. Ferron se conmovió con mi predicción: es la primera de mi vida. Después he hecho otras muchas, tan ciertas como poco atendidas, y cuando llegaba el suceso, todos se ponían á cubierto y se me abandonaba en manos de la desgracia que había previsto. Cuando los holandeses sufren una tormenta en alta mar, se retiran al interior del buque, cierran las escotillas y beben ponche, dejando un perro en el puente para que ladre á la tempestad; pasado el peligro, se envía al fiel á su nicho en el fondo de la cala, y el capitán vuelve á cubierta á gozar del tiempo en bonanza. Yo he sido el perro holandés del navío *Legitimidad*.

Los recuerdos de mi vida militar, grabados en mi pensamiento, los he escrito en el sexto libro de *Los Mártires*.

Bárbaro de la Armórica en el campo de los príncipes, llevaba á Homero con mi espada: prefería mi patria, la pobre, la pequeña isla de Aaron, á las cien ciudades de Creta. Yo decía como Telémaco: «Ese áspero país que no mantiene mas que cabras, me es mas agradable que los que producen caballos.» Mis palabras hubieran hecho reír al cándido Menelao, *agathos Menelaos*.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

PASO DE LA MOSELLE.—COMBATE.—LIBBA, SORDA Y MUDA.—ATAQUE DE THIONVILLE

Se esparció la noticia de que se iba á empeñar un combate; el príncipe de Waldeck debía intentar un asalto, mientras que nosotros, atravesando el río, llamaríamos la atención de la plaza por el lado de Francia.

Cinco compañías bretonas, una de ellas la mía, la compañía de oficiales de Picardía y de Navarra, el regimiento de voluntarios compuesto de jóvenes de Lorena y de desertores de varios regimientos, fueron mandados de servicio. Debíamos ser sostenidos por el Royal Allemand, y diferentes cuerpos de dragones que cubrían nuestra izquierda; mi hermano se hallaba en esta caballería con el barón de Montboissier, que se había casado con una hija de Mr. de Malesherbes, hermana de Mad. de Rosambo, y por consiguiente tía de mi cuñada. Escoltamos tres compañías de artillería austriaca con piezas de grueso calibre, y una batería de tres morteros.

Partimos á las seis de la tarde; á las diez pasamos la Moselle, por encima de Thionville, en pontones de alambre.

Amena fluenta

Sutberlabentis tacito rumore Moselle (Ausone).

Al amanecer estábamos en batalla en la orilla izquierda, con la caballería de línea á las alas, y la ligera á la cabeza. A nuestro segundo movimiento nos formamos en columna y empezamos á desfilar.

A las nueve oímos á nuestra izquierda el ruido de una descarga. Un oficial de carabineros vino á escape á decirnos que un destacamento del ejército de Kellermann estaba próximo, y que la acción se había empeñado entre los tiradores. El caballo de este oficial había sido herido en la cara; se encabritaba echando espuma por la boca y sangre por las narices; este carabnero, con el sable en la mano, sobre este caballo herido, estaba soberbio. El cuerpo que había salido de Metz maniobraba para envolvernos por el flanco; tenía piezas de campaña con las cuales alcanzó el regimiento de nuestros voluntarios. Yo oí

las exclamaciones de algunos reclutas heridos por la bala de cañón; estos gritos de una juventud llena de vida me causaron lástima: yo pensaba en sus pobres madres.

El tambor tocó á la carga, y fuimos en desorden hácia el enemigo. Nos acercamos tanto, que el humo no impedía ver lo horrible del rostro de un hombre dispuesto á derramar vuestra sangre. Los patriotas no habían adquirido todavía este aplomo que da el largo hábito de los combates y de la victoria; sus movimientos eran flojos, irresolutos; cincuenta granaderos de la vieja guardia hubieran pasado por encima de una masa heterogénea de ancianos y jóvenes nobles, indisciplinados; mil doscientos infantes se desorganizaron con algunos tiros de cañón de la artillería gruesa de los austriacos; se retiraron, y nuestra caballería los persiguió durante dos horas. Una alemana sordomuda, llamada Libbe ó Libba, había seguido á mi primo Armand. Yo la encontré sobre la yerba que ensangrentaba su vestido, con el codo sobre sus rodillas cruzadas y altas; su mano, colocada bajo sus cabellos blondos y sueltos, apoyaba su cabeza. Lloraba mirando tres ó cuatro muertos, nuevos sordo-mudos que yacían á sus pies. No había oído el estrépito del rayo cuyo efecto veía, y no oía los suspiros que se escapaban de sus labios cuando ella miraba á Armand; jamás había oído la voz de su amado, y no oiría el primer grito del niño que llevaba en su seno; si el sepulcro no encerraba mas que el silencio, ella no se apercibiría de haber bajado á él.

Por lo demás, los campos de carnicería están en todas partes; en el cementerio del Este, en París, veinte y siete mil tumbas os harán conocer la batalla que da noche y día la muerte en vuestras calles.

Después de un descanso bastante largo, emprendimos de nuevo nuestro camino, y llegamos al anochecer bajo los muros de Thionville.

No se tocaban las cajas; el mando se hacia en voz baja. La caballería, á fin de rechazar una salida, se colocó á lo largo de los caminos hasta la puerta que debíamos cañonear. La artillería austriaca, protegida por nuestra infantería, tomó posición á veinte y cinco toesas de las obras avanzadas, á espalda de los gabiones levantados á la ligera. A la una de la noche, el 6 de setiembre, un cohete tirado del campamento de Waldeck dió la señal al otro lado de la plaza. El príncipe comenzó un fuego nutrido, que la plaza contestó vigorosamente: también nosotros hicimos fuego.

Los sitiados, no creyendo que tuviéramos tropa por esta parte, tenían desguarnecida esta parte de muralla: no perdimos nada en esperar: la guarnición armó una doble batería, que desmontó dos de nuestras piezas: El cielo parecía de fuego, nosotros estábamos sepultados en torrentes de humo. Me aconteció ser un pequeño Alejandro; extenuado de fatiga, me dormí profundamente casi bajo las ruedas de una cureña, donde estaba de guardia. Un obus reventó á seis pulgadas de tierra; desperté al golpe, y no me sentí herido hasta que toqué mi sangre. Envolví mi pierna con un pañuelo. En el llano, dos balas habían pegado en mi mochila en un movimiento de conversión. Atala, como hija cariñosa, se colocó entre su padre y el plomo enemigo; le quedaba que sostener el fuego del abad Morellet.

A las cuatro de la mañana cesó el fuego del príncipe de Waldeck; nosotros creímos que la ciudad se rendía, pero las puertas no se abrieron, y tuvimos que retirarnos. Después de una marcha fatigosa de tres días, entramos en nuestras posiciones.

El príncipe de Waldeck había llegado hasta el borde de los fosos que pensaba tomar, esperando su rendición de un ataque simultáneo; se suponían siempre divisiones en la ciudad, y se lisonjaban con la idea de que el partido realista traería las llaves á los príncipes. Los austriacos, que habían tirado á barbata, perdieron

mucha gente, el príncipe de Waldeck tuvo un brazo roto. Mientras que corrian algunas gotas de sangre en Thionville, se derramaba á torrentes en las prisiones de París; mi mujer y mis hermanas corrian mas peligro que yo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LEVANTAMIENTO DEL SITIO.—ENTRADA EN VERDUN.—ENFERMEDAD PRUSIANA.—RETIRADA.—VIRUELA.

Levantamos el sitio de Thionville, y nos dirigimos á Verdun, que se había rendido el 2 de setiembre á los aliados. Longwy, patria de Francisco de Mercy, había sucumbido el 28 de agosto. De todas partes llovian coronas al paso de Federico Guillermo.

Yo observé en medio de los pacíficos trofeos que el águila de Prusia flotaba sobre las fortificaciones de Vauban: no debía permanecer allí mucho tiempo: en cuanto á las flores, ellas iban á ver muy pronto marchitarse á las inocentes criaturas que las habían cortado. Uno de los asesinatos mas atroces del terror, fue el de las jóvenes de Verdun.

«Catorce jóvenes de Verdun, dice Riouffe, de un candor sin igual, y que parecían unas vírgenes jóvenes, ataviadas para una fiesta pública, fueron conducidas juntas al cadalso; desaparecieron de repente, y fueron segadas en su primavera; la corte de las mujeres, parecía al día siguiente de su muerte un parterre destrozado por la tempestad. Jamás he visto entre nosotros desesperación semejante á la que excitó esta barbarie.»

Verdun es célebre por el sacrificio de sus mujeres. Según Gregorio de Tours, Deutérico, queriendo ocultar á su hija de las persecuciones de Theodoberto, la metió en un carro tirado por dos bueyes, y la precipitó en la Meuse. El instigador de la muerte de las jóvenes de Verdun fue el poetastró regicida, Pons de Verdun, encarnizado contra su ciudad natal. Es increíble lo que el *Almanaque de las musas* ha dado de agentes al terror; la vanidad de las medianías produjo tantos revolucionarios, como el orgullo ofendido de los horteras y los abortos: revuelta análoga de las enfermedades del espíritu y las del cuerpo. Pons unió á sus epigramas embotados la punta de un puñal. Fiel en apariencia á las tradiciones de la Grecia, el poeta no quería ofrecer á sus dioses mas que la sangre de las vírgenes; porque la Convención decretó, á consecuencia de su informe, que ninguna mujer embarazada pudiera ser traída á los tribunales. Hizo anular también la sentencia que condenaba á muerte á Mad. de Bonchamp, viuda del célebre general vandeano. ¡Ay! Nosotros, realistas, que seguíamos á los príncipes, llegamos á las derrotas de la Vandée sin haber pasado por su gloria.

No teníamos en Verdun para pasar el tiempo aquella famosa condesa de Saint-Balmont, que después de haber dejado el traje de mujer, montaba á caballo, y servía ella misma de escolta á las damas que la acompañaban, y que había dejado en su carruaje...» No estábamos apasionados del *viejo Gaula*, ni nos escribíamos billetes en *lenguaje de Amadis*. (Arnauld.)

La enfermedad de los prusianos se comunicó al ejército nuestro, y fui atacado de ella. Nuestra caballería había ido á reunirse con Federico Guillermo en Valmi. Ignorábamos lo que pasaba, y cuando esperábamos de un momento á otro la orden de avanzar, recibimos la de retirarnos.

Extremadamente débil, y no permitiéndome la herida marchar sino con dolor, seguí como pude á mi compañía, que se desbandó muy pronto. Juan Balne, hijo de un molinero de Verdun, salió muy joven de casa de su padre, con un monge, que lo encargó de su alforja. Al salir de Verdun llevaba la alforja de la monarquía, pero yo no he sido ni intendente, ni obispo, ni cardenal.

Si en las novelas que he escrito he tocado mi propia historia, en las historias que he contado he intercalado recuerdos de la historia viva, de que he formado parte. Así, en la vida del duque de Berri, he descrito algunas escenas que habían pasado ante mis ojos.

«Cuando se licencia un ejército, vuelve á sus hogares; pero ¿los soldados del ejército de Condé tenían hogares? ¿A dónde debía guiarlos el palo que apenas se les permitía cortar en los bosques de Alemania, después de haber entregado el mosquete que habían tomado para defender á su rey?»

«Fue preciso separarse. Los hermanos de armas se dieron un adiós, y tomaron diversos caminos. Todos fueron á saludar antes de partir á su padre y capitán, el anciano Condé, de cabellos blancos, el patriarca de la gloria, dió su bendición á sus hijos, lloró por su tribu dispersa, y vió abatir las tiendas de su campamento con el dolor de un hombre que ve hundirse el techo paternal.»

Aun no habían trascurrido veinte años, cuando el jefe del nuevo ejército francés, Bonaparte, se despidió de sus compañeros; ¡tan pronto pasan los hombres y los imperios! ¡Tan pronto la fama mas extraordinaria no se salva del destino mas comun! Dejamos á Verdun: Las lluvias habían destrozado los caminos; por todas partes se encontraban armones, cureñas, cañones empantanados, carros rotos, vivanderos con sus hijos á la espalda, soldados espirantes ó muertos en el lodo. Al atravesar una tierra labrada, estuve largo rato atollado en el barro hasta la rodilla; Ferron y una camarada me sacaron á mi pesar; yo les suplicaba que me dejaran, porque prefería morir.

El capitán de mi compañía, Mr. de Goyon Miniac, me dió el 16 de octubre un certificado muy honorífico. En Arloun vimos una fila de carretas, los caballos unos en pié, otros arrodillados; y algunos, con la nariz en tierra ya muertos, y metidos en las varas, parecían las sombras de una batalla que vivaqueaban á la orilla de la Estigia. Me preguntó Ferron lo que pensaba hacer, y le respondí: — «Si puedo llegar á Ostende, me embarcaré para Jersey, donde estará mi tío de Bedée; y desde allí podré ir á reunirme á los realistas de la Bretaña.»

La fiebre me minaba, y me sostenía con dificultad sobre mi pierna hinchada. Me sentí acometido de otro mal. Después de grandes vómitos, un salpullido cubrió mi cuerpo y la cara; una viruela pequeña se declaró; aparecía y desaparecía alternativamente, según las impresiones del aire. De esta suerte emprendí á pié un viaje de doscientas leguas, con la riqueza de diez y ocho libras tornesas; todo esto, para mayor gloria de la monarquía. Ferron, que me había prestado los seis escudos de tres francos, me abandonó porque lo esperaban en Luxemburgo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en febrero de 1845.

LAS ARDENAS.

Al salir de Arloun me ajusté con un carretero, que me llevó cinco leguas por cuatro sueldos, dejándome sobre un montón de piedras. Di algunos pasos ayudado de mi muleta, y lavé el lienzo de mi herida en una fuente que corría á orillas del camino. La viruela había salido completamente, y me sentí aliviado. No había abandonado mi saco, que me cortaba las espaldas con las correas.

Pasé sin comer nada una noche en una granja. La mujer del propietario no quiso el precio de la cama; al amanecer me trajo una taza de café con leche, con panecillo negro, que yo hallé excelente. Me puse en

camino gallardamente, aunque me acontecía el caer muy á menudo. Cuatro camaradas que me alcanzaron tomaron mi mochila, á pesar de hallarse muy enfermos. Encontramos aldeanos, y de carreta en carreta hicimos en cinco dias bastante camino por las Ardenas, y llegar á Artert, Flamizoul y Belleve. El sexto dia me dejaron solo; la viruela blanqueaba y se caía.

Después de haber andado dos leguas, que me costaron seis horas, descubrí un aduar de bohemios acampado, con dos cabras y un asno, detrás de una zanja, alrededor de un fuego de ramaje. Apenas llegué, me dejé caer, y las singulares criaturas se apresuraron á socorrerme. Una mujer joven, andrajosa, viva, morena, revoltosa, cantaba, saltaba, daba vueltas, teniendo atravesado su hijo sobre el seno; se apoyaba sobre los talones inclinándose sobre mí; me miraba con curiosidad á la luz del fuego; tomaba mi mano moribunda para decirme la buena ventura, pidiéndome un *sueldito*, lo cual era muy caro. Era difícil tener mas ciencia, gentileza y miseria que la de mi Sibila de las Ardenas. No sé cuándo me abandonaron los nómadas, de los que yo hubiera sido un hijo digno: cuando á la aurora salí de mi sopor, ya no los hallé. Mi buena venturera se había ido con el secreto de mi porvenir. En cambio del sueldo, había dejado á mi cabecera una manzana que sirvió para refrescarme la boca. Me despecé, como Jeannot Lapin, entre el *tomillo* y el *rocio*; pero yo no podía ni *pacar*, ni *trotar*, ni dar muchas vueltas. Me levanté, sin embargo, con intención de hacer *mi corte á la aurora*; estaba ella muy hermosa, y yo muy feo; su cara rosada anunciaba su buena salud; se hallaba mejor que el pobre Céfalo de la Armórica. Aunque jóvenes los dos, éramos amigos viejos, y me figuraba que sus lágrimas eran para mí.

Me interné en el bosque, sin tristeza; la soledad me había vuelto á mi naturaleza. Yo cantaba la romanza del infortunado Cazotte:

Tout au beau milieu des Ardennes
Est un chateau sur le haut d'un rocher, etc., etc.

En el torreón de este castillo de fantasmas, el rey de España, Felipe II, ¿no hizo encerrar á mi compatriota el capitán La-Noue, que era nieto de una Chateaubriand? Felipe consentía en soltar al ilustre prisionero, si este consentía en dejarse sacar los ojos; La-Noue estuvo á punto de aceptar la proposición, tan ansioso estaba de volver á su querida Bretaña. ¡Ay! yo estaba poseído del mismo deseo, y para quitarme la vista, no necesitaba mas que del mal con que Dios se había servido afligirme. Yo no encontré á *sir Enguerrand procedente de España*, pero sí pobres astrosos, buhoneros, que llevaban, como yo, toda su fortuna á la espalda. Un leñador entraba en el bosque; debía haberme tomado por una rama seca y cortarme. Algunas cornejas, alondras, algunos verdones, andaban por el camino, ó estaban inmóviles sobre las piedras, atentos al gabilan que se cernía en el aire. De cuando en cuando oía el sonido de una bocina de un porquero; yo entré á descansar en la choza de un pastor, donde no encontré mas que un gatito que me hizo mil graciosas caricias. El pastor estaba un poco distante, en pie, los perros sentados á diferentes distancias alrededor de los carneros; de dia, este pastor cogía yerbas, era médico y hechicero; por la noche miraba las estrellas y era un pastor caldeo.

Yo hice alto en un cebadero de ciervos; los cazadores pasaban á distancia. Una fuente murmuraba á mis pies; en el fondo de esta fuente, en este mismo bosque, Orlando *innamorato*, pero no *furioso*, vió un palacio de cristal, lleno de damas y de caballeros. Si el paladin, que se reunió á las brillantes nayades, hubiera dejado al menos á Brides de Oro á la orilla de la fuente; si Shakspeare me hubiera enviado á Rosalinda y al duque desterrado, me hubieran prestado un

gran servicio. Después de cobrar aliento, continué mi camino. Mis ideas, debilitadas, flotaban en un caos sin encanto: mis antiguos fantasmas, teniendo apenas la consistencia de sombras casi borradas, me rodeaban para decirme adios. Ya no tenía la fuerza de los recuerdos; yo veía en un horizonte indeterminado, mezclado de imágenes desconocidas, las formas aéreas de mis parientes y amigos. Cuando me senté en el borde del camino, me parecía ver rostros que me sonreían en el dintel de las cabañas distantes, en el humo azul del techo de las chozas, en la cima de los árboles, en lo trasparente de las nubes, en las gabilas iluminadas por el sol, que dejaba caer sus rayos sobre los arenales como un rastro de oro. Estas apariciones eran las de las Musas, que venían á asistir á la muerte del poeta; mi tumba abierta con los montantes de sus lirás bajo una encina de las Ardenas, convenía igualmente al soldado y al viajero. Algunas pollas descarradas en la cama de las liebres, bajo los arbustos, hacían únicamente algún ruido en torno mio; vidas tan ligeras, tan ignoradas como la mía. Ya no podía andar, me sentía extremadamente mal; la viruela se internaba y me sofocaba.

Al concluirse el día, me tendí en el suelo sobre la espalda, en una zanja, con la cabeza apoyada en el saco de Atala, la muleta á mi lado, los ojos fijos en el sol, cuyas miradas se apagaban con las mias. Saludé con toda la dulzura de mi pensamiento al astro que había alumbrado mi primera juventud en mis lanchas paternales; los dos nos acostamos al mismo tiempo, él para levantarse mas glorioso, yo, según todas las probabilidades, para no despertarme mas. Me desvanecí con un sentimiento religioso: el último ruido que oí era la caída de una hoja y el canto de un pájaro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FURGONES DEL PRÍNCIPE DE LIGNE.—MUJERES DE NAMUR.—ENCUENTRO EN BRUSELAS Á MI HERMANO.—NUESTRA ÚLTIMA DESPEDIDA.

Parece que yo permanecí cerca de dos horas desmayado. Los furgones del príncipe de Ligne llegaron á pasar; uno de los conductores, que se había parado á cortar una vara de álamo, tropezó en mí sin verme: me creyó muerto, y me empujó con el pie: yo di señales de vida. El conductor llamó á sus camaradas, y por un instinto de piedad me echaron en un carro. Los vaivenes me resucitaron; pude hablar á mis salvadores; les dije que era un soldado del ejército de los príncipes; que si querían llevarme á Bruselas, les pagaría lo que valiera.—«Bien, camarada, respondió uno de ellos; pero será preciso que te apees en Namur, porque nos está prohibido llevar á nadie. Te volveremos á coger al otro lado de la ciudad.» Pedí de beber; tragué algunas gotas de aguardiente, que hicieron aparecer los síntomas de mi mal, y que desahogaron mi pecho: la naturaleza me había dotado de una fuerza extraordinaria.

A las diez de la mañana llegamos á los arrabales de Namur. Puse pie á tierra, y seguí los carros á distancia: pronto los perdí de vista. Me detuvieron á la entrada de la ciudad. Mientras examinaban mis papeles, me senté bajo la puerta. Dos soldados de guardia, viendo mi uniforme, me ofrecieron un pedazo de pan de municion, y el cabo me presentó un vaso de aguardiente. Yo hice algunos cumplimientos rehusando beber en la copa de la hospitalidad militar.—«¡Toma! exclamó cólerico, acompañando su mandato con un *sacrament der tewfel*.

Atravesé Namur con pena: iba apoyándome en las paredes. La primera mujer que me vió salió de su tienda, me dió el brazo con aire compasivo, y me

ayudó á andar; le di las gracias, y me respondió:—«No, no soldado.» Muy pronto llegaron otras mujeres; trajeron pan, vino, frutas, leche, ropas y mantas.—«Está herido, decían las unas en su patués francés brabanzon:—Tiene viruelas, decían otras; y apartaban los niños.—Pero, jóvenes, no podéis andar; vais á moriros; quedaos en el hospital.» Se relevaban de puerta en puerta, y me condujeron así hasta la de la ciudad, á cuya salida hallé los furgones. Se ha visto á una paisana socorrerme, se verá otra recogíendome en Guernesey. ¡Mujeres, que me habeis asistido en mi desgracia; si vivís todavía, que Dios ayude vuestra ancianidad y alivie vuestros dolores! ¡Si habeis muerto, que vuestros hijos gocen de la felicidad que el cielo me ha negado tanto tiempo!

Las mujeres de Namur me ayudaron á subir al furgon, me recomendaron al conductor, y me obligaron á aceptar una manta. Observé que me trataban con cierta especie de respeto y deferencia: hay en la naturaleza del francés algo de superior y delicado que reconocen los otros pueblos. La servidumbre del príncipe de Ligne me dejó otra vez en el camino á la entrada de Bruselas, y no quisieron tomar mi último escudo.

En Bruselas no me querían admitir en ninguna posada. El Judío Errante, Orestes popular que la justicia llevó á esta ciudad,

Quand il fut dans la ville
De Bruxelles en Brabant,

fue mejor recibido que yo, porque tenía siempre cinco sueldos en su bolsillo. Yo llamaba; abrian, y al verme me decían:—«Largo, largo,» y me daban con la puerta en las narices. Me echaron de un café. Mis cabellos caían sobre mi cara enmascarada con mi barba y bigote; tenía la pierna liada; por encima de mi uniforme llevaba la manta de las de Namur, atada á mi cuello á guisa de capa. El mendigo de la Odissea era mas insolente, pero no tan pobre como yo.

Me había presentado inútilmente en la fonda en que yo había vivido con mi hermano; hice una segunda tentativa; al acercarme á la puerta, vi al conde de Chateaubriand que bajaba del coche con el baron de Montboissier. Le asustó mi aspecto. Se buscó una habitación fuera de la fonda, porque el dueño rehusó admitirme. Un peluquero ofrecía un chiribitil adecuado á mi miseria. Mi hermano me llevó un médico y un cirujano. Había recibido cartas de París: el señor de Malesherbes lo invitaba á volver á Francia. Me refirió la jornada del 10 de agosto, las matanzas de setiembre, y las noticias políticas que yo no sabía. Aprobé mi proyecto de pasar á la isla de Jersey, y me dió veinte y cinco luises. La debilidad de mi vista apenas me permitía distinguir las facciones de mi desgraciado hermano: yo creía que estas tinieblas emanaban de mí, y eran las sombras que la eternidad derramaba en torno suyo: sin saberlo nos veíamos por la última vez. Todos cuantos somos no tenemos mas que el minuto presente; el que le sigue es de Dios; hay siempre dos inconvenientes para no volver á ver al amigo á quien dejamos: nuestra muerte ó la suya. ¿Cuántos hombres no han subido jamás la escalera por donde habían bajado?

Sentimos la muerte en la de un amigo: es una parte que se desprende de nosotros, un mundo de recuerdos de la infancia, de intimidades de familia, de afecciones é intereses comunes que se disuelven. Mi hermano me precedió en el seno de mi madre; él habitó el primero estas santas entrañas, de que yo salí después de él; se sentó antes que yo en el hogar paterno; me esperó muchos años para recibirme, darme mi nombre cristiano y unirse á toda mi juventud. Mi sangre, mezclada á su sangre en el vaso revolucionario, hubiera tenido el mismo sabor, como

la leche del pasto de una montaña. Pero si los hombres han derribado la cabeza de mi hermano mayor y la de mi padrino antes de tiempo, los años no perdonarán la mia; ya mi frente se arruga; siento un Ugolino, el tiempo, que inclinado hácia mi me roe el cráneo.

Come'l pan per fame si manduca.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

OSTENDE.—PASAJE Á JERSEY.—DESEMBARCO EN GUERNESY.—LA MUJER DEL PILOTO.—JERSEY.—MI TIO DE BEDÉE Y SU FAMILIA.—DESCRIPCION DE LA ISLA.—EL DUQUE DE BERRI.—PARIENTES Y AMIGOS PERDIDOS.—INCONVENIENTES DE ENVEJECER.—PASO Á INGLATERRA.—ÚLTIMO ENCUENTRO CON GESRIL.

No volvía el doctor de su admiración; miraba esta viruela que entraba y salía sin matarme, que no llegaba á sus crisis naturales, como un fenómeno sin ejemplo en la medicina. La gangrena se declaró en mi herida; me la curaron con quina. Obtenidos estos primeros socorros, me obstiné en pasar á Ostende. Bruselas me era odioso; tenía vivos deseos de dejarlo; se llenaba nuevamente de estos héroes de la servidumbre, que habían regresado de Verdun en calea, y que no he vuelto á ver en este mismo Bruselas hasta que seguí al rey durante los *Cien Dias*. Llegué cómodamente á Ostende por los canales; allí encontré algunos bretones, compañeros de armas. Fletamos una barca, y bajamos por el canal de la Mancha. Nos acostábamos en la cala, sobre piedras que servían de lastre. El vigor de mi temperamento se agotó al fin. Ya no podía hablar; los movimientos de la plena mar acabaron de abatirme. Bebí apenas unas gotas de agua de limon, y cuando el mal tiempo nos obligó á arribar á Guernesey, se creyó que iba á espirar; un sacerdote emigrado me leyó la recomendación del alma. El capitán, no queriendo que muriese á bordo, mandó que me desembarcaran en el muelle; me sentaron al sol, con la espalda apoyada en el muro, la cabeza vuelta hácia el mar, enfrente de la isla de Aurigni, donde ocho meses antes había visto la muerte bajo otro aspecto.

Aparentemente estaba expuesto á la piedad. La mujer de un piloto inglés pasaba; se conmovió, llamó á su marido, y este, ayudado de dos ó tres marineros, me llevó á una casa de pescador, á mí, al amigo de las ondas, y me acostaron en una cama buena con ropas muy blancas.

La joven marinera cuidó con toda asiduidad al extranjero: yo le debo la vida. Al dia siguiente me volvieron á embarcar. Casi lloraba mi huéspeda al separarse de su enfermo; las mujeres tienen un instinto celestial para la desgracia. Mi blonda y hermosa guardiana, que se parecía á una figura de los antiguos grabados ingleses, estrechaba mis manos ardientes en sus frescas manos; yo me avergonzaba de acercarle tantas desgracias á tantos encantos.

Nos dimos á la vela, y abordamos la punta occidental de Jersey. Uno de mis compañeros, el señor Tilleul, se dirigió á Saint-Helier, en busca de mi tio. Mi tio lo mandó al dia siguiente á buscarme con un carruaje. Atravesamos toda la isla; espirante como estaba, me encantaron sus florestas; pero yo deliraba y no decía mas que desatinos.

Cuatro meses estuve entre la vida y la muerte. Mi tio, su mujer, su hijo y sus tres hijas se relevaban en mi cabecera. Ocupaba una habitación en una de las casas que se empezaban á edificar á lo largo del puerto; desde mi cama veía el mar. El médico, Mr. Delattre, había prohibido que me hablaran cosas serias, y sobre todo de política. En los últimos dias de ener'

de 1793, viendo entrar á mi tío de luto riguroso, temblé, porque creía que habíamos perdido á alguno de la familia; me dió la noticia de la muerte de Luis XVI. No me extrañó: yo la había previsto. Pedí noticia de mis parientes: mis hermanos y mi mujer habían vuelto á Bretaña, despues de los asesinatos cometidos allí; habían sentido mucho salir de París. Mi hermano, de vuelta en Francia, se había retirado á Malesherbes.

Yo comenzaba á levantarme; la viruela había pasado, pero sufría del vientre y me había quedado una debilidad que me duró mucho tiempo.

Jersey, la *Cesárea* del itinerario de Antonino, ha quedado sujeta á la corona de Inglaterra desde la muerte de Roberto, duque de Normandía; hemos querido recobrarla muchas veces, pero siempre sin éxito. Esta isla es un resto de nuestra primitiva historia; los santos que venían de Hibernia y de Albion á la Bretaña-Armórica, descansaban en Jersey.

San Hilario, ermitaño, habitaba en las rocas de Cesárea: los vándalos lo asesinaron.

Se encuentra en Jersey rastro de los viejos normandos; parece que se oye hablar á Guillermo el Bastardo ó al autor del romance de Rou.

La isla es fecunda; tiene dos ciudades y doce parroquias; está cubierta de casas de campo y de rebaños. El viento del Océano, que parece desmentir su rudeza, da á Jersey miel exquisita, leche de una dulzura extraordinaria, y manteca de un amarillo subido, que huele á violetas. Bernardin de Saint-Pierre presume que el manzano nos viene de Jersey: se equivoca; la pera y la manzana han venido de Grecia; el albérchigo de Persia; el limon de la Medea; la ciruela de Siria; la cereza de Cesaronte, la castaña de Castana; el membrillo de Cidon, y la granada de Chipre.

Tuve un gran placer en salir los primeros dias de mayo. La primavera conserva en Jersey toda su juventud; aun podría llamarse *primula* como en otro tiempo; nombre que ha envejecido y ha dejado á su hija la primera flor con que se engalana.

Aquí os transcribiré dos páginas de la vida del duque de Berry; siempre es como contaros la mia:

«Despues de veinte y dos años de combate, se rompió la barrera de bronce que encerraba á la Francia; la hora de la restauracion se acercaba; nuestros príncipes abandonaron su retiro. Cada uno se dirigió á diferentes puntos de la frontera, como esos viajeros que intentan, á costa de su vida, penetrar en un país, del que se cuentan maravillas. El hermano mayor del rey partió para Suiza; el duque de Angulema fué á España, y su hermano á Jersey. En esta isla, donde algunos jueces de Carlos I murieron ignorados de la tierra, halló el señor duque de Berri realistas franceses, euvejecidos en el destierro, y olvidados por sus virtudes, como en otro tiempo los regicidas ingleses por su crimen. Encontró ancianos sacerdotes, consagrados á la soledad; él realizó con ellos la ficcion del poeta que hace abordar un Borbon á la isla de Jersey despues de una borrasca. Tal confesor y mártir podía decir al heredero de Enrique IV, como el ermitaño de Jersey á este gran rey:

Loin de la cour alors, dans cette grotte obscure,
de ma religion je viens pleurer l'injure.

HENRIADE.

«El duque de Berri pasó algunos meses en Jersey: el mar, los vientos, la política, lo encadenaron allí. Todo se oponía á su impaciencia; estuvo á punto de renunciar á su empresa, y de embarcarse para Burdeos. Una carta suya, á la señora mariscal de Moreau, nos describe vivamente sus ocupaciones sobre su roca:

8 de febrero de 1814.

«Héme aquí como Tántalo, enfrente de esta desgraciada Francia, que halla tantos obstáculos para romper sus cadenas. Vos, que teneis el alma tan bella, tan francesa, juzgad lo que sufro, ¡cuánto me cesará alejarme de estas playas que podría abordar en dos horas! Cuando el sol las ilumina, subo á la cumbre de estas rocas, y con el anteojo en la mano miro toda la costa, y veo los peñascos de Coutances. Mi imaginacion se exalta; me contemplo saltando á tierra, rodeado de franceses, con escarapelas blancas en los sombreros; oigo el grito de ¡viva el rey! este grito que no ha oido nunca un francés con sangre fría; la mujer mas hermosa de la provincia me ciñe una banda blanca, porque el amor y la gloria van siempre juntos. Marchamos á Cherburgo; algun villano fuerte, con guarnicion de extranjeros, quiere defenderse; lo tomamos por asalto, y parte un buque para ir á buscar al rey, con el pabellon blanco, que recuerda los dias gloriosos y felices de la Francia. ¡Ha, señora! Cuando se está á pocos pasos de un sueño tan probable, ¿se puede pensar en alejarse?»

Tres años hace que yo escribia estas páginas en París: habia precedido veinte y dos años al duque de Berri en Jersey, ciudad de desterrados; yo debía dejar allí mi nombre, porque Armand de Chateaubriand se casó allí, y en ella nació su hijo Federico.

No habia abandonado la alegría á la familia de mi tío de Bedée; mi tia acariciaba siempre un perro que descendia de aquel cuyas virtudes he referido; como mordía á todo el mundo, mis primas lo hicieron matar secretamente, á pesar de su nobleza. La señora de Bedée se persuadió de que habia sido robado por oficiales ingleses, encantados de la belleza de Azor, y que vivía colmado de honores y comidas en el mas hermoso palacio de los tres reinos. ¡Ay! Nuestra alegría presente no se componía mas que de nuestra alegría pasada. Recordando las escenas de Montchoix, hallábamnos medios de reírnos en Jersey. La cosa es bastante rara, porque en el corazon humano no guardan los placeres entre sí la relacion que las penas; los nuevos regocijos no vuelven la primavera á los antiguos; pero los dolores recientes hacen reverdecir los pasados.

Por lo demás, los emigrados excitaban entonces la simpatía general; nuestra causa parecia la causa del orden europeo: interesa una desgracia honrosa, y la nuestra lo era.

El señor de Bouillon protegia en Jersey á los emigrados franceses; él me disuadió de pasar á Bretaña; imposibilitado como me hallaba de soportar una vida de fortalezas y de montañas, me aconsejó que me dirigiera á Inglaterra, y que buscara allí ocasion de hacer un servicio regular. Mi tío, escaso de metálico, empezaba á sentir el peso de su numerosa familia; se habia visto obligado á enviar á Londres á su hijo á que se mantuviera de miseria y esperanzas. Temiendo ser gravoso á mi tío, traté de desembarazarlo de mi persona.

Treinta luises que me trajo un buque contrabandista de Saint-Malo me pusieron en estado de ejecutar mi proyecto, y pagué mi flete en el paquebot de Southampton. Al despedirme de mi tío me enternece profundamente; acababa de cuidarme con el afecto de un padre: á él debía los pocos instantes felices de mi infancia; conocia cuánto le amaba yo; hallé en su fisonomía alguna semejanza con la de mi madre. Yo habia abandonado á esta madre excelente, que no vería mas; habia abandonado á mi hermana Julia y á mi hermano, y estaba condenado á no volverlos á encontrar; dejaba á mi tío, y su marchita fisonomía no debía alegrar otra vez mis ojos. Algunos meses habían bastado para todas estas pérdidas, porque la muerte de nuestros

amigos no se cuenta desde el momento en que mueren, sino desde aquel en que dejamos de vivir con ellos.

Si se pudiera decir al tiempo: «¡alto!» lo detendríamos en las horas de delicias; pero como no se puede, no vivimos aquí bajo; vámonos, pues, antes de haber visto desaparecer á nuestros amigos y estos años que el poeta hallaba solo dignos de la vida, *vita dignior aetas*. Lo que encanta en la edad de las relaciones se convierte en la edad del desamparo en objeto de sufrimiento y pesar. No se desea ya la vuelta de la primavera; antes se la teme; los pájaros, las flores, una hermosa tarde á fines de abril, una hermosa noche que comienza con el primer ruiseñor, que acaba la mañana con la primera golondrina, estas cosas, que despiertan la necesidad y el deseo del bien, nos matan. Todavía sentís tales encantos, pero ya no son para vosotros; la juventud que los disfruta á vuestro lado, y que os mira desdeñosamente, os da zelos, y os hace comprender mejor la profundidad de vuestro abandono. La frescura y la gracia de la naturaleza, recordándoos vuestra felicidad pasada, aumentan el peso de vuestras miserias. Ya no sois mas que un lunar de esta naturaleza; descomponéis su armonía y suavidad con vuestra presencia, con vuestras palabras, y aun con los sentimientos que intentarais expresar. Podeis amar, pero no ser amados. La fuente de la primavera ha renovado sus aguas sin volveros vuestra juventud, y la vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz, os reduce á la dolorosa memoria de vuestros placeres.

El paquebot en que me embarqué estaba lleno de familias emigradas. Allí conocí á Mr. Hingant, antiguo colega de mi hermano en el parlamento de Bretaña, hombre de talento y de gusto, de quien hablaré bastante. Un oficial de marina jugaba el ajedrez en la cámara del capitán; no reconoció mi cara ¡tan cambiada estaba! pero yo reconocí á Gesril. No nos habíamos visto desde Bretaña; debíamos separarnos en Southampton. Le conté mis viajes, y él me contó los suyos. Este jóven, nacido á mi lado, entre las olas, abrazó por la última vez á su primer amigo en medio de estas aguas que iba á tomar por testigos de su gloriosa muerte. Lamba Doria, almirante de los genoveses, habiendo batido el flota veneciana, sabe que su hijo ha sido muerto:—*Que se le arroje al mar*, dice este padre, á imitacion de los romanos; como si hubiera dicho: *Que se le arroje á su victoria*. Gesril no salió voluntariamente de las olas en que se habia precipitado, mas que para probarles mejor su victoria en sus playas.

Ya he dado al principio del sexto libro de estas *Memorias* el certificado de mi desembarco de Jersey en Southampton. Hé aquí que, despues de mis correrías por los bosques de América y los campos de Alemania, llegé en 1793, pobre emigrado, á esta tierra, donde escribo todo esto en 1822, y donde soy ahora magnífico embajador.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LITERARY FUND.—DESVAN DE HOLBORN.—DECAIMIENTO DE MI SALUD.—VISITA Á LOS MÉDICOS.—EMIGRADOS EN LONDRES.

Se ha formado en Londres una asociacion para socorrer á los literatos necesitados, tanto ingleses como extranjeros; convidado á la reunion anual de esta sociedad, consideré como un deber asistir á ella y satisfacer mi cuota. S. A. R. el duque de York ocupaba el sillón de la presidencia; á su derecha estaban el duque de Somerset y los lores Torrington y Bolton; invitado por el príncipe, me coloqué yo á su izquierda. Allí encontré á mi amigo Mr. Canning. El ilustre poeta, orador y ministro, pronunció un discurso, en el

cual hay algunas frases, sobrado honoríficas para mí que han repetido los periódicos: «Aunque la persona de mi noble amigo el embajador de Francia sea todavía poco conocida en este país, sus prendas y sus escritos lo son en toda Europa. Comenzó su carrera exponiendo los principios del cristianismo; la continuó defendiendo los de la monarquía, y ahora acaba de llegar á nuestra patria para enlazar á entrambos Estados con los vínculos comunes de los principios monárquicos y las virtudes cristianas.»

Muchos años há que Mr. Canning, siendo mero literato, se instruía en Londres con las lecciones de política de Mr. Pitt, y casi hace los mismos que empecé yo á escribir oscuramente en la propia capital de Inglaterra. Uno y otro hemos alcanzado alta fortuna, y ahora somos individuos de una sociedad consagrada al alivio de los escritores infelices. ¿Nos han reunido aquí las afinidades de nuestra grandeza, ó las relaciones establecidas por nuestros padecimientos? ¿Qué harían en el banquete de las musas desvalidas el gobernador de las Indias Orientales y el embajador de Francia? Jorge Canning y Francisco de Chateaubriand son los que toman asiento en él, en conmemoracion de su adversidad, y acaso tambien de sus pasadas venturas, y entrambos beben á la memoria de Homero, cuando cantaba por un pedazo de pan sus versos.

Si el *Literary fund* hubiese existido cuando llegué de Southampton á Londres, en 21 de mayo de 1793, quizás hubiera pagado la visita que hizo un médico al desvan de Holborn, donde me alojé mi primo La Bouetardais, hijo de mi tío de Bedée. Habíanse fundado grandes esperanzas en el cambio de aires, creyendo que bastaria para devalverme las fuerzas necesarias á la vida militar; pero mi salud desmejoró mas y mas en vez de restablecerse. Se me afectó el pecho, estaba pálido y delgado, tosía frecuentemente, respiraba con dificultad, y tenían trasudores y espustos de sangre. Mis amigos, que eran tan pobres como yo, me llevaban de médico en médico; despues que cada Hipócrates hacia aguardar una hora á aquella partida de portadores, declaraba, á cambio de una guinea, que yo debía resignarme á mi enfermedad, añadiendo:—*Tis done, dear sir*: «esto es hecho, amigo.» El doctor Godwin, célebre por sus experimentos relativos á los ahogados, y aplicados por disposicion suya y con sus recetas á su propia persona, fue mas generoso; me otorgó de balde sus consejos, y dijo, con aquella dureza con que á sí mismo se trataba, que podría *tirar* algunos meses, y aun quizá un año ó dos, con tal de que renunciase á todo ejercicio molesto:—«No contéis con andar mucho camino,» concluyó, como resumiendo su consulta.

La certidumbre, así adquirida de mi próximo fin, aumentó la tristeza natural de mi imaginacion, pero prestó una increíble tranquilidad á mi espíritu. Por medio de esta disposicion interior se explican un trozo de la advertencia puesta á la cabeza del *Ensayo histórico*, y este otro párrafo del mismo *Ensayo*: «Atacado de una enfermedad que me deja pocas esperanzas, veo las cosas con ojos serenos; el aura pacífica de las tumbas se hace ya sentir del viajero que solo dista de la suya algunas jornadas.»—No extrañará, pues, nadie la amargura de las reflexiones contenidas en el *Ensayo*, obra compuesta cuando pesaba sobre mí una sentencia de muerte, entre el momento del fallo y el de la ejecucion. Un escritor que creía tocar á su fin en el desamparo de su destierro, no podía tender miradas risueñas sobre el mundo.

Pero ¿cómo habia de mantenerme durante el tiempo de limosna que me quedaba? Fácil me hubiera sido vivir ó morir de una vez con mi espada; pero se me prohibía su uso; y ¿qué mas tenia? Una pluma, que ni era conocida, ni se habia probado siquiera, ignorando yo aun cual fuese su fuerza. ¿Bastarian, para